



Axel
Cherniavsky

LA DISPERSIÓN DE LA IDIOTEZ

Ensayo sobre el lado
oscuro de la inteligencia

Axel Cherniavsky
LA DISPERSIÓN
DE LA IDIOTEZ

Ensayo sobre el lado oscuro
de la inteligencia

TUSQUETS
EDITORES

Introducción

Selfies, selfie sticks, Harlem shakes, the floor is lava, Candy Crush, planking, unboxing, pornfood, Pokémon Go, bird box challenge, mannequin challenge, kiki challenge, emojis y tiktoks: ¿nos estamos volviendo más idiotas? En los últimos años, con cierta regularidad, aparecieron en la prensa artículos que responden que sí, apoyándose en estudios científicos que observan una reciente disminución del coeficiente intelectual promedio de ciertas poblaciones. Esta pregunta y esta respuesta presuponen dos cosas: que la idiotez consiste en una deficiencia intelectual y que la deficiencia intelectual, al identificarse con la idiotez, es algo malo. Asignan así a la idiotez tres componentes: una carencia o deficiencia, el aspecto intelectual de esta carencia o deficiencia, y el mal. Se deduce que la idiotez tiene que ser eliminada o debilitada, y que esto puede hacerse estimulando o fortaleciendo su opuesto, la inteligencia.

¿Pero qué es la idiotez? ¿Se la puede reducir a la deficiencia intelectual? ¿O bien la idiotez desborda a la deficiencia por todos lados? ¿No hay conductas mucho más idiotas que las generadas por la falta de inteligencia? Es decir, ¿no sería más justo llamar idiotas a otras

cosas, a la violencia o a la opresión por ejemplo? ¿No sentimos que, al contrario, hay algo idiota en medir la inteligencia con el coeficiente intelectual y por lo tanto en reducir la idiotez a su carencia?

Más aún: ¿acaso la idiotez es necesariamente mala? ¿No podría tener una función? ¿Los juicios de valor no requieren un examen mucho más profundo, mucho más detenido? ¿No exigen cuestionar sus presupuestos para evitar propagar errores?

Y finalmente, aunque tal vez más importante: de restringir la idiotez a la deficiencia intelectual y de considerarla algo malo, ¿hay que combatirla a fuerza de inteligencia? ¿La idiotez y la inteligencia funcionan como un par en el que más de lo uno implica *menos* de lo otro, a la manera de un vaso más lleno o más vacío, o bien como un par en el que más de lo uno implica *más* de lo otro, a la manera de la riqueza y la pobreza? Si un elemento constituye el opuesto del otro, ¿podemos eliminar o fortalecer uno sin eliminar o fortalecer ambos?

Son, todos estos, problemas epistémicos, pero también problemas éticos. El objetivo principal de este libro consiste en preguntar de la forma más desprejuiciada posible qué es la idiotez, en buscar de manera honesta una definición de ella y, en su defecto, en proveer la descripción más fiel que se pueda. En este sentido, no cuestiona otra cosa que su ocultamiento o alteración. Pero en la medida en que la idiotez se suele reducir a la deficiencia intelectual, también se ve ante la necesidad de considerar los estigmas que pesan sobre ella. Aparece así una nueva dificultad: la idea de que habría que suprimir o evitar la idiotez y de que esto debería hacerse a base de inteligencia; y también

un nuevo objetivo: interrogar bajo qué condiciones la idiotez —concebida como deficiencia intelectual, pero no únicamente— podría dejar de ser algo malo.

Es muy desconcertante preguntarse qué es la idiotez si uno mantiene abierta la pregunta la suficiente cantidad de tiempo, evitando obturarla con la noción de deficiencia intelectual.

Asumamos que la idiotez es relativa: lo que es idiota para uno no lo es para otro. ¿Cómo asignar entonces a la idiotez un contenido unívoco?

Asumamos que constituye una privación, es decir, una falta o carencia, y que por lo tanto solo se la puede describir negativamente. ¿Cómo atribuirle un contenido positivo entonces, sea el que fuera?

Asumamos que no es más que un valor, que solo sirve para juzgar: entonces no se puede decir nada sobre su forma o naturaleza.

Entre la relatividad, el valor y la negación, se cierra una especie de Triángulo de las Bermudas del pensamiento en el que naufragan todos los candidatos a definir la idiotez.

Y por lo menos al principio la bibliografía desorienta más de lo que ayuda: ¿qué tienen en común lo que en la psiquiatría clásica constituyó el caso más severo de desorden mental con el personaje inteligente —más que inteligente: sabio— que protagoniza *El idiota* de Dostoievski? ¿Cómo pudo el idiota funcionar como el receptáculo de un alma catatónica, vegetativa y, al mismo

tiempo, de la mente brillante que oficia de portavoz del autor en los diálogos de Nicolás de Cusa?

Se dirá que estas figuras son totalmente distintas entre sí, distintas también de otras, y que por eso nuestro lenguaje dispone de muchas palabras diferentes: «idiotez», «imbecilidad», «estupidez», «tontería», etc. En parte es cierto. Pero en parte, como vamos a ver, los fenómenos a los que estos términos refieren no tienen límites nítidos ni se componen de elementos idénticos. Sus fronteras son lábiles, flexibles, porosas, y los componentes de unos se superponen y solapan con los de otros.

Sin duda, de elegir otro término, el conjunto de fenómenos evocado sería distinto. Y ni hablar si sumáramos términos de otras lenguas, como *bêtise*, por ejemplo, en francés, que comparte su raíz con *bête*, «bestia», y que por lo tanto le confiere a la tontería —así solemos referirnos a las *bêtises* en español— un aspecto animal, brutal, y que no es para nada anodino dado que el idiota fue comparado —y no solo comparado— con un animal. Pero de elegir otros términos, los conjuntos de fenómenos tampoco serían *completamente* distintos, y ninguno de ellos se revelaría mucho más estable que los otros.

Hay dos motivos por los que conviene elegir el de «idiotez». Primero, porque es uno que permanece relativamente invariable en las distintas lenguas —a diferencia de *bêtise*, por ejemplo, o de *Dummheit*, en alemán, que podemos traducir por «estupidez»—. Segundo y principal, justamente porque tal vez sea uno de los más amplios de todos: se usa hoy en la vida cotidiana y se usaba antes en la psiquiatría, en donde se utilizaba en

general para agrupar cuadros más específicos, como la imbecilidad, que solía consistir en una forma leve de idiotez, o como el cretinismo, que describía una forma muy precisa de idiotez que afectaba mayoritariamente a poblaciones de montaña, que exhibía manifestaciones físicas evidentes —la inflamación del cuello—, y que se erradicó cuando se descubrió que dependía de ambientes con bajos niveles de yodo. El cretinismo y la imbecilidad eran subespecies de la idiotez y no la idiotez una subespecie de alguno de ellos. Por eso conviene elegir el término de idiotez. En pocas palabras, es el que mejor plantea el problema de una definición o siquiera de una descripción. Es decir, si uno quiere plantear el problema de la ambivalencia o ambigüedad de un conjunto de términos, mejor tomar el caso que presenta un valor paradigmático.

¿Por dónde empezar? Por lo que podemos llamar *la imagen clásica de la idiotez*, dado que por una parte pone en evidencia cuál es nuestra visión más inmediata de ella y que, por otra, también manifiesta lo que esta visión tiene de inquietante.

La acabamos de encontrar en la prensa, pero está lejos de ser su invención. Se expresa en las teorías psicológicas del siglo XIX y sobrevive en las nuestras, modela filosofías y anima a los personajes del cine y la literatura, habita nuestro lenguaje y orienta nuestra percepción. En ningún lado existe pura pero se concentra y se esfuma alrededor de la existencia, y si bien no pertenece a ninguna época no es indiferente a las épocas. Se podría decir de ella lo mismo

que Rousseau decía del estado de naturaleza: tal vez no exista más, tal vez ni siquiera haya existido y no vaya a existir nunca, pero sin embargo tenemos que hacernos alguna idea de él para examinar la sociedad en su estado actual. Es *clásica* no por antigua, sino por habitual, cotidiana, ordinaria. Tiene una historia, por supuesto, como la idiotez en general. Sin embargo en este libro no va a ser cuestión de ella. Solo se va a recurrir a ella para analizar y describir un fenómeno contemporáneo. Por eso las referencias a la psiquiatría del siglo XIX, por ejemplo, no van a tener una función historiográfica sino, a falta de un término mejor, *poética*. Es decir, no hay que juzgar estas referencias ni por su exactitud historiográfica ni por su pertinencia psiquiátrica, no hay que considerar los cuadros a los que remiten como si fuesen cuadros del presente y menos que menos se trata con ellas de rehabilitar cuadros que por buenas razones fueron abandonados. No debería hacer falta aclararlo, pero por las dudas. Estas referencias solo tienen que servir para evocar sentidos. Menos que sentidos: experiencias, sensaciones. Cuando Édouard Séguin, el fundador de la primera escuela privada de París dedicada a la educación de idiotas, escribe que el idiota carece de imaginación, esto tiene un sentido para nosotros. Sin duda no el mismo que tenía entonces o no el mismo que tendría hoy en un manual de psiquiatría con todos los ajustes pertinentes, pero por un efecto de tipo Pierre Menard, un sentido admite. Pone a nuestra mente y a nuestra memoria a trabajar en cierta dirección, hace que uno se pregunte cuándo o por qué sintió que alguien o uno mismo era un idiota por falta de imaginación.

Dicho esto, tampoco se puede dejar esta historia por completo de lado. No es posible, porque cuando decimos «idiota», «imbécil», «retardado» o «subnormal», esa historia forma parte del presente. Igual que un fósil: *viene* del pasado, pero *está* en el presente. Por lo tanto, hay que aceptar que estas referencias también tengan algún valor arqueológico, revelen en alguna medida de qué arenilla están hechas nuestras sensaciones y reacciones, y ninguna investigación sobre la idiotez, la imbecilidad o la estupidez debería esquivarlas por pruritos morales, por antiguas o desagradables, o por no formar parte de la propia especialidad. Nos guste o no, forman parte de los fenómenos en cuestión. Las menciones a cuadros clínicos actuales, en cambio, van a funcionar de manera algo distinta. Con ellas se pretende mostrar la supervivencia en nuestra psicología actual de elementos que integraban la del pasado. Pero respecto de las referencias a la historia de la psiquiatría, para evitar los malentendidos más grandes, hay que concederles ante todo un valor poético, evocativo —admitiendo, desde ya, que la poesía también constituye una forma de conocimiento.

La imagen clásica de la idiotez no es tanto un punto de partida, como un punto de vista: el de nuestras sociedades hiperintelectualizadas que, de la idiotez, solo retienen su dimensión intelectual, y que no lo hacen más que para condenarla. La imagen clásica no es un dato bruto; es un signo de una determinada cultura, y no cualquier signo. Es la imagen de lo que ella piensa como su otro, pero que no es más que su reverso. La

imagen clásica retiene de la idiotez su dimensión intelectual porque esa dimensión es una de las cosas que más le interesa a la sociedad a la que esta imagen pertenece, a la sociedad que en el fondo construye esa imagen.

Ahora bien, si esta reducción parece injusta, tanto con la idiotez —que no se reduce a la deficiencia intelectual— como con la deficiencia —que no debería ser ninguna idiotez—, luego de presentar la imagen clásica hay que relativizarla, tanto en relación con el valor como con la naturaleza de la idiotez. Por eso, luego de un primer capítulo en el que se va a tratar de entender qué dice la imagen clásica en el detalle, de analizar de qué está hecha, de seguir sus formas, de preguntar para qué sirve, de interrogar cómo se justifica, los tres capítulos siguientes van a mostrar respectivamente que la idiotez no se circunscribe a la esfera de la inteligencia, que no consiste necesariamente en una falta o privación, y que no siempre tiene un valor negativo. Lo esencial de la argumentación, por lo tanto, va a consistir en listar formas de idiotez, desplegar figuras que escapen a los tres criterios de la imagen clásica.

Consecuentemente el libro va a tener un aspecto analítico, clasificatorio. Esta diversidad de formas, sin embargo, no está destinada a construir una taxonomía cerrada, ni a enumerar una lista de clases homogéneas, ni a agrupar todas las clases en una definición general. Al contrario, busca poner en evidencia las insuficiencias de toda definición y de toda clasificación.

Podrá resultar algo desilusionante, al final. Pero por un lado, no definir, no clasificar, no equivale a no hacer nada. En algún punto hubiese sido más fácil promover

una fórmula única o delimitar algunos géneros fundamentales. Pero lo primero hubiese implicado ocultar las limitaciones de una tal fórmula, y lo segundo, hacer de cuenta que los límites de los géneros son más firmes de lo que son. En otras palabras, no definir y no clasificar, en este caso, no es hacer menos; es hacer más, y las definiciones y clasificaciones posibles no fueron ni excluidas de antemano ni subestimadas, sino consideradas, discutidas y solo posteriormente descartadas. Si tal fue el resultado, entonces, es porque la diversidad del material obliga a admitir que toda definición de la idiotez resulta vaga o parcial, y porque toda clasificación, toda distinción entre tipos de idiotez contiene algo arbitrario.

Además, agrupar y distinguir no es lo único que se puede hacer. La unificación no es la única forma posible de conocimiento y la clasificación no es la única forma posible de racionalidad. En vez de definir la idiotez y clasificar idioteces, lo que siempre conlleva cierta prescripción, se puede describir la idiotez, seguir los movimientos de su experiencia real, tratar de ver cómo funciona el concepto en su estado natural, aceptarlo en vez de encorsetarlo. Es importante, en este sentido, tener y mantener presente que el objeto de este libro no es ni un determinado cuadro clínico del pasado, ni una concepción filosófica particular, ni tal o cual personaje cinematográfico o literario, sino una figura cultural plenamente vigente que se nutre de ellos. Su observación va a revelar un concepto escurridizo, diverso, por momentos contradictorio incluso, masivo, opaco, compacto. Va a mostrar por qué reducir la idiotez a la deficiencia intelectual

es injusto con la deficiencia y con la idiotez, y por qué combatir la deficiencia con la inteligencia además de injusto es inconducente. Decir todo esto no equivale a no decir nada y el conjunto de los rasgos que describen el funcionamiento de un concepto pertenece tan esencialmente a él como lo haría un sentido unívoco o un cierto número de clases fundamentales.

Otra manera de enunciar esto es decir que la pregunta por *qué* es la idiotez va a ir mutando y cediendo su lugar a otras preguntas, como *quién* es un idiota, o *cómo funciona* la idiotez. Pero justo en este caso, el uso de las preguntas no forma parte de un problema de método, exterior o indiferente al material con el que se trabaja. La idiotez siempre mantuvo un vínculo estrecho con las preguntas. El idiota clínico, vamos a ver, se describió a partir de su incapacidad para entenderlas, y una versión del personaje filosófico del idiota, de quien dice yo en una filosofía, es quien las reformula. Por lo tanto, una pregunta adicional que se va a insinuar detrás de las preguntas visibles que el libro plantea es qué nueva clase de idiota es el que dice yo, ahora, mientras pregunta qué es o cómo funciona la idiotez. En el fondo, las preguntas y respuestas son una de las infinitas caras de una idiotez polifacética, una de las infinitas formas en las que la idiotez refleja la imagen de quien elige mirarla.